



MI PARTIDA DE AREQUIPA

Flora Tristán



Por fin dieron las cuatro. Subimos al coche. El conductor era francés y todas las personas que encontré allí hablaban francés e inglés. Había dos alemanes, grandes amigos de Althaus y enseguida me encontré entre conocidos.

Desde mi salida de Burdeos era la primera vez que subía a un coche. Tuve tal gusto que me hizo sentirme feliz durante las dos horas que duró el trayecto. Me creía ya de regreso a la plena civilización.

El camino es malo al salir del Callao, pero después de haber recorrido una legua es más o menos bueno, muy ancho, plano y con poco polvo. A media legua del Callao, sobre el borde derecho de la ruta, yacen extensas ruinas de construcciones indígenas. La ciudad cuya existencia recuerdan había dejado de existir cuando los españoles conquistaron el país. Se podría saber, posiblemente por las tradiciones de los indios, lo que fue esa ciudad y la causa de su destrucción. Pero hasta ahora la historia de este pueblo no ha inspirado suficiente interés a sus amos como para consagrarse a aquellas investigaciones. Algo más lejos, a la izquierda, está la población de Bellavista donde hay un hospicio destinado a los marineros. A la mitad del camino nuestro conductor se detuvo en una taberna cuidada por un francés. Después de haberla pasado la ciudad se presentó a nuestras miradas con toda su magnificencia. La campiña cercana, verde, de mil tonos, ofrecía la riqueza de una vigorosa vegetación. Por todas partes grandes naranjos, platanos, palmeras y una multitud de árboles propios de esos climas despliegan su variado follaje. Y el viajero en éxtasis ve los sueños de su imaginación sobrepasados por la realidad.

A media legua de la ciudad el camino, bordeado por grandes árboles, forma una avenida cuyo efecto es en verdad majestuoso. A los lados se paseaba un buen número de peatones y muchos jóvenes a caballo pasaron también cerca del coche. Esta avenida era, según supe después, uno de los paseos de los limeños. Entre los paseantes había muchas mujeres con saya, este vestido me pareció tan extraño que cautivó mi atención. La ciudad estaba cercada y al extremo de la avenida llegamos a una de las puertas. Sus dos pilastras eran de ladrillo y el frontispicio que lucía los escudos de España había sido mutilado. Unos empleados visitaron el coche, como se practica a la entrada de París. Atravesamos luego una gran parte de la ciudad cuyas calles me parecieron espaciosas y las casas

muy diferentes a las de Arequipa. Lima, tan grandiosa vista desde lejos, cuando se entra en ella no mantiene sus promesas, ni responde a la imagen que uno se había forjado. Las fachadas de las casas son mezquinas, sus ventanas sin vidrios y las barras de hierro con que están enrejadas recuerdan las ideas de desconfianza y de opresión. Al mismo tiempo se entristece uno por el poco movimiento que hay en todas aquellas calles. El coche se detuvo delante de una casa de hermosa apariencia. Vi venir del fondo a una señora alta y gorda a quien reconocí enseguida, por el retrato que de ella me habían hecho los señores del “Mexicano”, como a Mme. Denuelle. Esta señora vino en persona abrirme la portezuela, me ofreció su mano para bajar y me dijo con la expresión más afable:

–Señorita Tristán, la esperábamos aquí con impaciencia desde hacía mucho tiempo. Después de todo lo que los señores David y Chabrié nos han dicho de usted estamos muy felices al tenerla entre nosotros.

En el siguiente enlace podrás leer el capítulo completo:

http://www.casadelaliteratura.gob.pe/wp-content/uploads/2019/07/Intensidad-y-altura-de-la-literatura-itinerarios-de-lectura-para-la-escuela_obras-y-recursos-complementarios-2020.pdf